

se dirigieron hácia el lugar en donde estaba la hoguera, como dos víctimas consagradas al Señor: mas entrambos tenían tan adoloridos los pies, sin duda por razon de los cepos, que habían sufrido, que el santo obispo tuvo que ser llevado en peso al suplicio; y Ermes le seguia mas con grande pena, y decia á Felipe: Apresurémonos, padre, y no cuidemos de los pies, de que no tendremos ya mas necesidad. — Llegados al lugar del martirio, segun la costumbre del pais, los condenados á las llamas eran metidos en un hoyo y cubiertos de tierra hasta las rodillas para que no pudiesen moverse, y así se hizo. Ermes, al descender en el hoyo no pudo menos, rebozando en júbilo, que prorumpir en risa. Y por fin, aplicado el fuego por los satélites, los Santos, mientras hablar pudieron, no cesaron de dar gracias á Dios por el género de muerte que les proporcionaba, y consumaron su sacrificio diciendo: *Amen.*

8. Severo, otro de los discípulos de San Felipe, desde la prision en que había estado encerrado al tiempo en que su santo obispo había consumado en el fuego el martirio, oyó explicar su gloriosa muerte, y estaba afligido por no haber podido acompañarle; por lo cual rogaba al Señor que no le tuviese por indigno de dar también la vida por su gloria. Y fué atendido, pues al día siguiente obtuvo también la suspirada corona. Todo lo hasta aquí referido sobre S. Felipe y sus discípulos, lo escribe el P. Orsi en su historia, tom. 4, lib. 8, n. 35, y dice haberlo sacado de Ruinart, *Act. Mart.*, n. 1.

§ VIII.

S. JAIME LLAMADO EL INTERCISO.

1. La religion cristiana había sido muy perseguida en Persia, pero bajo el reinado del rey Isdegerdo había disfrutado veinte años de paz. Un obispo empero llamado Abda, incendiando un templo de cierto ídolo adorado de los Persas, dió ocasion á que se suscitase una cruel persecucion contra los cristianos. Irritado Isdegerdo por aquel incendio, mandó que se derribasen todas las iglesias cristianas, y despues, que todos sus súbditos debiesen profesar la sola religion de los Persas.

2. Vencido Jaime por el temor de perder los bienes y los destinos que poseia en la corte, obedeció esta orden inicua; pero su madre y su muger, que eran buenas cristianas, hallándose ausentes, y sabiendo la conducta de Jaime, le escribieron una carta en la cual, despues de exhortarle á que reparase el error cometido, le decian: « Si no volveis al buen camino de donde habeis salido, os trataremos como á un extraño, y nos separaremos de vos. No es del caso habitar con un hombre que ha abandonado á Dios por condescender con los hombres, y por bienes que presto perecerán, y le harán perecer eternamente.

3. Jaime, cuya conciencia le inculpaba ya su apostasia, quedó por esta carta vivamente penetrado, pensando que si le desecharan los parientes, con mucha mas razon le desecharia Dios. Llorando pues amargamente su pecado, que había sido público, creyó necesario detestarle también públicamente. Y así á presencia de todos

empezó á esclamar : — Cristiano soy, y me arrepiento de haber abandonado la fé de Jesucristo. — Sabida por el príncipe esta confesion, furioso iba diciendo que aquella era una afrenta que á él se le hacia, ultrajando á los dioses á los cuales él adoraba, y mandó conducirle á su presencia. Compareció Jaime, y estando delante del tirano, le echó en cara su inconstancia, amenazándole con una muerte la mas atroz si no sacrificaba á los dioses de Persia. Mas respondió el Santo que era cristiano, y que estaba profundamente arrepentido del error que cometiera, no queriendo ser ya mas infiel á su Dios.

4. Arrebatado en cólera Isdegerdo, condenó á Jaime á un suplicio de estremada atrocidad : ordenó pues con el fin, segun decia, de que los demas no siguiesen al mártir, que le fuese cortado el cuerpo en menudas piezas, miembro por miembro. Intrépido el Santo, presentóse á aquel tormento horrible, y los verdugos empezaron por las manos la feroz carnicería. Empezóse por cortarle el dedo mayor de la mano derecha, y despues de cortado, le dijo el verdugo, que si obedecia al rey, la cosa no pasaria mas adelante. Pero como Jaime suspiraba por dar su vida por Jesucristo, y reparar la falta que en negarle habia cometido, continuó á presentar al verdugo con fortaleza heróica sus demas miembros, y sin quejarse sufría el dolor intensísimo de verse cortar un miembro tras de otro. Presentes estuvieron á su martirio los fieles, con grande edificacion. finalmente, despues de habérsele cortado todos los miembros, de modo que de su cuerpo no quedó mas que el tronco, le fué cortada la cabeza. Esto sucedió á 27 de noviembre del año 420; y del género de aquel

suplicio le fué dado el nombre de *Interciso*, esto es, cortado á piezas.

5. La constancia de este mártir nos da á conocer cuanto puede la gracia de Jesucristo, pues le dió valor para sufrir en su cuerpo aquella carnicería horrible, no solo con paciencia, sino por alegría de espíritu. Todos los mártires eran por sí mismos viles y débiles criaturas, pero se mostraron fuertes en sufrir las penas, por el valor que recibian de Jesucristo, el cual por ellos combatia y superaba los tormentos. Confiemos, pues tambien nosotros en Jesucristo, y cuando en los trabajos y tribulaciones sintamos que vacila nuestro ánimo y nuestras fuerzas, recorramos luego á él, rogándole que nos socorra por los méritos de su sangre, y no hay duda que venceremos. El martirio de este santo se halla en el P. Massini en su coleccion de las vidas de los santos, el cual le sacó de las actas compiladas por Surio, en el tomo 7, bajo el título del 27 noviembre.

§ IX.

SANTA AFRA.

1. La historia de santa Afra se halla relatada por buenos autores, como son el abate Fleury, el P. Orsi y el P. Massini, é infunde grande ánimo á los pecadores arrepentidos, al ver la fortaleza que comunicó el Señor á aquella Santa penitente para sufrir el martirio del fuego, y al mismo tiempo la sabiduría que le inspiró para responder á las palabras con que el tirano procuraba pervertirla.

2. Santa Afra fué natural de la ciudad de Augusta,

hoy Augsburgo en la Recia : fué al principio pagana, y tan disoluta que habia convertido su casa en verdadero lupanar, pues no solo por sí misma sino que á tres criadas que tenia las hacia servir de cómplices para corromper la juventud de aquella ciudad: Mas en nada resplandeció tanto la divina gracia como en arrancar de un tan hondo lodazal de corrupcion á esta meretriz, y convertirla en una gloriosa mártir.

3. Créese que Afra fué convertida por el santo obispo Narciso, junto con su madre y toda su familia. De las actas de su martirio, que refiere Ruinart, aparece, que ella tenia siempre á la vista la deformidad de sus pecados, y sentia por ellos una grandísima pena; por lo cual, luego de abrazada la verdadera fé, procuró repartir la infame ganancia adquirida en su impuro tráfico, para socorrer á los pobres; y como algunos cristianos, aunque pobres, rehusasen aceptar aquel precio de ofensas hechas á Dios, ella con lágrimas les rogaba que lo aceptasen, encomendándola á Dios para que le perdonase sus culpas. Así es como se dispuso aquella santa penitente á recibir de Dios la gloriosa palma que consiguió despues, sacrificándole su vida en medio de las llamas.

4. Ardiendo estaba la persecucion de Diocleciano, y la Santa, presa y presentada al juez, llamado Gayo, le dirigió estas siguientes palabras: — O tú, sacrifica inmediatamente á nuestros dioses, pues mas te valdrá vivir que perecer entre tormentos. — Respondió la Santa: — Bástanme los pecados que cometí durante el tiempo en que no conocia al verdadero Dios; no puedo pues ahora cumplir con lo que me mandas, y no lo haré de modo alguno: ¿cómo pudiera añadir nuevas in-

jurias á mi Señor? — Mandóle el juez que viniera al Capitolio, y respondió ella con gran valor: mi capitolio es Jesucristo, que no se aparta nunca de mi pensamiento, y á quien confieso mis culpas todos los días. Indigna soy de ofrecerle otros sacrificios, y así deseo sacrificarme á mí misma, á fin de que este cuerpo con el cual le he ofendido, sea purificado con los tormentos que con este objeto sufriré con el mayor gusto. — Ya pues, que por tu mala vida, le replicó Gayo, nada puedes esperar del Dios de los cristianos, sacrifica á nuestros dioses. — Contestó la Santa: — Mi Señor Jesucristo ha dicho que habia descendido del cielo para salvar á los pecadores. Y se lee en el Evangelio que una muger pecadora, habiéndole lavado los pies con sus lágrimas, obtuvo de él el perdon de todas sus culpas; léese tambien en el mismo libro, que nunca rechazó de sí á las meretrices ni á los publicanos, antes bien se dignó conversar y hasta comer con ellos.

5. El inicuo juez tuvo aun la impudencia de aconsejarle que volviese á su antiguo é infame tráfico, para recobrar la gracia de sus amantes, y adquirir mas riquezas, puesto que se hallaba aun en estado de poderlas adquirir. — Yo renuncio, dijo la santa penitente, renuncio á tales ganancias, y me hacen horror. Las que antes habia adquirido por tan vil medio, las eché lejos de mí, repartiéndolas entre los pobres, con ruegos para que las aceptasen. ¿Cómo pudiera pues ahora procurarlas de nuevo? — Y Gayo le replicó: — Ese tu Cristo te juzga indigna de él, y así en vano le llamas tu Dios, cuando él no te reconoce por suya: una meretriz no puede llamarse cristiana. — Así es, le respondió Afra, indigna, muy indigna soy de este nombre; pero mi Dios,

que no elige las personas segun los méritos de ellas, sino segun su bondad, se ha dignado acogerme bajo su amparo, y hacerme participante de este nombre. — ¡Y por donde sabes, le preguntó el juez, que él te ha concedido esta gracia? — Contestó la Santa: — Conozco que Dios no me ha desechado, pues me da fuerzas para confesar su santo nombre, y me da esperanza de alcanzar con esto el perdón de todos mis pecados.

6. ¡Eh! replicó el juez, todo esto son fábulas que tú me dices: sacrifica á nuestros dioses, pues estos te darán la salud. — Mi salud, dijo la Santa, depende únicamente de Jesucristo, que mientras estaba en la cruz prometió el paraíso á un ladrón que confesó sus pecados. — Gayo insistió: — Si tú no sacrificas te haré poner desnuda, y te mandaré azotar delante de todos para tu mayor vergüenza. — Respondió Afra: — Yo no me avergüenzo sino de mis pecados. — Yo pues, dijo Gayo, me avergüenzo de perder el tiempo en disputar contigo: sacrifica, ó de nó, te condeno á muerte. — Esto es lo que yo deseo, contestó Afra, mientras así estoy esperando el encontrar el eterno reposo. Repitió nuevamente Gayo: — Si no sacrificas, te haré atormentar y quemar viva. — Y la Santa repuso con intrepidez: sufra todos los tormentos este mi cuerpo, ya que ha sido instrumento de tantos pecados; pero jamás se verifique que quiera yo contaminar mi alma sacrificando á los demonios. — Entonces el juez pronunció la sentencia en estos términos: — Mando que la meretriz Afra, la cual ha declarado ser cristiana, rehusando sacrificar á los dioses, sea quemada viva.

7. El lugar del suplicio fué en una pequeña isla, formada por el río Lech, á donde fué conducida la San-

ta, y los verdugos la ataron al palo para quemarla. Y entonces, levantando ella los ojos al cielo, hizo esta supplica: « O mi Señor Jesucristo que venisteis á llamar « no á los justos sino á los pecadores á penitencia, y os « habeis dignado revelarnos que en cualquier hora en « que vuelva á vos el pecador arrepentido de sus peca- « dos, vos olvidareis todas las ofensas que contra vos « haya cometido, recibid en este momento á mí, infeliz « pecadora, que me ofrezco á padecer este martirio por « vuestro amor; y por este fuego que va á abrasar mi « cuerpo, libradme del fuego eterno. » — Acabada esta oracion, y habiéndose puesto ya fuego á la leña, oyóse á la Santa que decia: — Gracias os doy, Señor, de que siendo inocente os sacrificasteis por los pecadores, y siendo el bendecido de Dios quisisteis morir por nosotros, hijos de maldicion; gracias os doy, repito, y os ofrezco el sacrificio de mí misma, á vos, que reinais con el Padre y con el Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Así sea. Y acabadas estas palabras, cesó de vivir.

8. A la sazón estaban en la orilla del río á presenciar el espectáculo tres mugeres, Eunomia, Digma y Eutropia, que habian sido criadas de la Santa, y así como la habian imitado en sus errores, la habian tambien seguido despues en su conversion, haciéndose bautizar con ella por el santo obispo Narciso, y sabiendo que era ya muerta su señora, se hicieron trasladar á aquella isla. Al mismo tiempo la madre de la Santa llamada Hilaria, avisada de la muerte de Afra, pasó de noche á la misma isla con algunos sacerdotes, y tomando aquel santo cuerpo, le hizo trasladar á un sepulcro de su familia distante dos millas de la ciudad de Augusta. Pero habiendo sabido despues Gayo todo esto, envió allí una

partida de soldados con orden de prender á todos los que encontrasen en aquel lugar del sepulcro, y que si rehusaban sacrificar á los dioses, fuesen todos en el mismo sepulcro metidos y quemados; y así se ejecutó con la mayor barbaridad, y todas aquellas santas mugeres alcanzaron la corona del martirio. Estos sucesos son del año 304. Las actas de este martirio se hallan en la coleccion de Ruinart.

§ X.

S. SABINO OBISPO.

1. Las persecuciones mas sangrientas que sufrió la Iglesia fueron las de Diocleciano y de Maximiliano; pero nunca resplandeció mas gloriosa la fé de Cristo que bajo el imperio feroz de estos dos tiranos. Imputábase como delito capital á los cristianos el no asistir estos á los teatros públicos. En todas las ciudades y en todas las aldeas se levantaban patibulos para ajusticiar á todo el que confesase á Jesucristo. No se veian donde quiera sino uñas de hierro, cueros de buey, azotes, potros, calderos de aceite hirviendo, para atormentar á los que no querian sacrificar á los ídolos. Y la crueldad de Maximiliano llegó al estremo de mandar que en todos los mercados, en los molinos, en los hornos, en las ventas, hasta en las fuentes hubiese espuestos idolillos que debia adorar todo el mundo, y el que no lo hiciese fuese espelido. Pero á pesar de todo esto en aquella muchedumbre inmensa de cristianos, nunca se vió tan grande número de fieles que deseasen padecer y morir

por Jesucristo; por manera que entonces el catálogo de los santos mártires llegó á diez y ocho millones.

2. Hallábase S. Sabino en la Umbria, obispo de Espoleto; mas como ardia allí muy viva la llama de la persecucion, salió de la ciudad para recorrer todos los puntos de su provincia; exhortando á todos que se uniesen con Dios, y animándolos á padecer y morir por la sacrosanta fé. Hallábase entonces Venustiano gobernador de la Toscana, el cual habiendo oido á decir lo mucho que hacia el santo obispo para alentar á los cristianos, le mandó prender en Asisa con dos diáconos suyos, Marcelo y Esuperanzio, y otros de su clero. Venustiano pasó á Asisa, y presentándosele allí el obispo con sus dos diáconos, preguntó á Sabino lo que era. Respondió el Santo: — Yo soy el obispo, aunque indigno pecador. — Pues bien, dijo Venustiano, ¿cómo has tenido la osadía de enseñar al pueblo que dejase á los dioses para seguir á un hombre muerto? — Respondió Sabino: — Vos sabeis que murió, pero no sabeis, como saberlo debiais, que resucitó al tercer dia. — Y cortando la conversacion el presidente, dijo: Vaya pues, escoge: ó sacrifica á los dioses, ó morirás entre tormentos como mereces, y resucitarás despues como tu Cristo. — Este es mi deseo, respondió el Santo, morir y resucitar, como hizo mi Señor Jesucristo. — Siguió Sabino hablando de los méritos de Jesucristo; pero el gobernador se hizo presentar su dios, que traía siempre consigo, y era una pequeña estatua de Júpiter hecha de coral y vestida de oro, y mandó que todos la adorasen. Pero S. Sabino animado de su zelo, toma el pequeño ídolo, y echándole por tierra le hace pedazos.

3. Irritado Venustiano por aquel ultraje hecho á su

ídolo, mandó al punto cortar entrambas manos al santo prelado, y poner en tortura á Marcelo y á Esuperanzio, que igualmente reusaban adorar á sus dioses, y despues hizo desgarrar sus carnes con uñas de hierro, y abrasarlas con hachas ardientes, hasta que espiraron en aquellos horribles tormentos. San Sabino que presenciaba aquel espectáculo, despues de haber animado el valor de sus compañeros, fué vuelto á la cárcel por órden del gobernador, con resolucion de dejarle morir á la violencia de los dolores de sus dos cortadas manos, y hasta de hambre, si los dolores no bastaban á darle la muerte. Mas el Santo fué asistido de lo necesario para la vida por una santa viuda llamada Serena; la cual muy pronto vió recompensada su caridad, pues teniendo un sobrino ciego, le llevó al Santo, quien despues de una corta oracion, le restituyó la vista: y este prodigio obró la conversion de quince presos que lo presenciaron.

4. Por espacio de treinta dias, habia el gobernador dejado al Santo en reposo, á causa de un grande dolor que tenia aquel en los ojos, con grande peligro de perder la vista. Habiendo apurado inútilmente todos los remedios, le aconsejaron que recorriese á S. Sabino si queria recobrar la vista; por lo cual, apretado por el dolor de ojos, y temiendo quedar ciego, mandó á su muger y dos hijos que llamasen á S. Sabino. Fué el Santo á visitarle en su casa, y Venustiano, puesto á los pies del santo obispo, le rogó que olvidase los tormentos que le habia hecho sufrir, y le pidió su socorro. S. Sabino le respondió, que si hubiese recibido el bautismo, se hubiera al punto curado. Consintió Venustiano, arroja al rio los pedazos que habian quedado del

ídolo, se hace instruir, recibe el bautismo con toda su familia, y queda sano al momento. Sabido esto por el emperador, mandó decapitarlos á todos; y S. Sabino tuvo el consuelo de ver toda aquella familia coronada con la palma del martirio.

5. Despues el emperador Maximiano envió al tribuno Lucio con órden de hacer morir á Sabino y á Venustiano. Partió Lucio en efecto para Asisa, y sin forma de proceso, hizo al punto decapitar á Venustiano con su muger é hijos; y al propio tiempo llevó consigo á Sabino á Espoletto, en donde le hizo azotar con tanta barbaridad, que el santo obispo en aquel tormento dejó la vida. Serena, dama distinguida de la misma ciudad de Espoletto, que habia mandado embalsamar las dos manos cortadas del Santo, guardándolas muy devotamente consigo, reunió aquellas manos con el cuerpo, y le hizo sepultar en aquel lugar mismo, distante sobre dos millas de Espoletto; y con el tiempo se edificó una iglesia magnífica sobre su sepulcro. Este martirio de san Sabino está sacado de Fleuri en su *Historia eclesiástica*, tom. 2, lib. 8, n. 59.

§ XI.

S. EUPLIO.

1. Damos aquí lugar al martirio de este santo diácono Euplio, que obtuvo la palma del martirio en Sicilia, bajo la misma persecucion de Diocleciano y de Maximiano. En el acto mismo en que estaba Euplio leyendo el Evangelio en la ciudad de Catanea, fué arrestado, y muy pronto presentado con el libro de los

Evangelios en la mano al gobernador llamado Calvisiano, el cual le preguntó si aquellos escritos los habia traído de su casa, ó si los habia tomado tan solo allí mismo. Respondió el Santo : — No tengo casa; conmigo los llevaba, y con ellos me han hallado. — Mandóle el juez que leyese algun pasaje de aquel libro; y él leyó estos dos testos : *Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia.* Y el otro : *El que quiera venir á mí, tome su cruz y sigame.* Y le dijo el juez : — ¿Y esto qué quiere decir? — Y contestó Euplio : — Esta es la ley que me ha dado Dios. — ¿Y por medio de quien? — De Jesucristo, Hijo de Dios, replicó el Santo. — Ya pues que confiesas ser cristiano, dijo el gobernador, te entrego desde ahora á los verdugos, para que te pongan en el tormento.

2. Estando pues el Santo en el tormento, preguntóle Calvisiano : — ¿Qué dices ahora de la confesion que hiciste? — Y el Santo le respondió : — Lo que dije entonces lo repito ahora : soy cristiano. — ¿Mas porqué, dijo el juez, no has entregado estos escritos, como tienen mandado los emperadores? — Y respondió : — Porque soy cristiano, y estoy pronto á morir antes que entregarlos, pues en ellos hay la vida eterna, y el que los abandona, está perdido. El tirano le mandó de nuevo poner en los tormentos, y puesto Euplio en ellos, decia : — Gracias os doy, mi amado Jesucristo : yo padezco por vos, guardadme pues. — Decia el juez : — Adora á los dioses y serás libre. — Respondia el Santo : — Adoro á Cristo y detesto los demonios : haz lo que quieras, añade tormentos á tormentos : yo soy cristiano.

3. Despues que el Santo hubo sido atormentado por

largo tiempo, le dijo el juez : — ¡Miserable! venera á nuestros dioses; adora á Marte, á Apolo y á Esculapio. — Respondió el Santo : — Yo adoro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios, fuera del cual no hay otro Dios, y mueran todos los pretendidos dioses. A este Dios me sacrifico yo mismo, y nada mas que hacer me queda. — Calvisiano le hizo poner en los mas crueles tormentos; y Euplio en medio de ellos repetia : — Os doy gracias, mi Señor Jesucristo; por vos padezco, socorredme. — Mas apenas proferia con sus labios estas palabras, pues el dolor de los tormentos le hacia morir la voz y las fuerzas.

4. Viendo por fin Calvisiano la constancia del Santo, leyó la sentencia que le condenaba á perder la cabeza. Entonces le pusieron al cuello el libro de los Evangelios, y mientras el Santo caminaba á la muerte, unregonero que le precedia iba gritando : *Euplio cristiano, enemigo de los dioses y de los emperadores.* Mas el Santo no cesaba por el camino de dar gracias á Jesucristo, y llegado al lugar del suplicio, puesto de rodillas, hizo esta deprecacion : — Jesucristo, Señor mio, os agradezco la fuerza que me habeis dado en confesar vuestro santo nombre. Perfeccionad, os ruego, vuestra obra, para confundir á mis enemigos. — Y vuelto hácia el pueblo que le habia seguido, dijo : — Hermanos míos, amad á Dios con todo corazon, pues él no sabe olvidarse de los que le aman : de ellos se acuerda mientras viven, y los tiene tambien presentes en su muerte, y manda á sus ángeles que les conduzcan á la patria celestial. — Dichas estas palabras, presentó el cuello, y fué decapitado en 12 de agosto. Los cristianos tomaron su cuerpo, le embalsamaron y le dieron los hono-

res del sepulcro. Ruinart lleva las actas de este martirio.

§ XII.

S. TEODOTO, TABERNERO.

1. En este Santo se verifica que no hay estado alguno en la vida que no pueda conducir á la santidad. S. Teodoto fué de Ancira, capital de la Galacia, era casado, y ejercia el humilde oficio de tabernero. Y por mas que la vida que llevaba en aquella ciudad fuese una vida comun á los ojos de los hombres, era no obstante santa á los ojos de Dios. Pues instruido en el temor de Dios por una doncella llamada Tecusa, desde muy jóven practicó la templanza, la castidad, y hasta las mortificaciones de la carne con ayunos y maceraciones, y deseando ser pobre, repartía entre los pobres cuanto podia. Su tienda era el albergue de los necesitados, el hospital de los enfermos, y la escuela de la piedad y de la religion. A muchos libró del lodo de la impureza y de otros vicios, y atrajo tambien á la fé muchos gentiles y judíos; y hasta muchos salidos de tan piadosa escuela lograron la gloria del martirio. Llegó á hacer milagros aun en vida, especialmente curando enfermos con sola la imposicion de sus manos y la invocacion del nombre de Jesus.

2. Ardiendo estaba en su tiempo la persecucion de Diocleciano, y de aquella provincia era ministro el gobernador Teoteco, hombre cruel, el cual mandó que en todos los lugares fuesen derribadas las iglesias y muertos todos cuantos quisiesen seguir á Jesucristo.

Por lo cual, animados los gentiles por la crueldad del gobernador, entraban por las casas de los cristianos, robando de ellas cuanto querian, y el que se lamentaba era tratado como rebelde. Todos los dias se veian encarcelar fieles, y hasta las señoras mas distinguidas eran arrastradas por las calles, por cuyo motivo muchos se escondian por las cavernas y por los bosques, reduciéndose á vivir de yerbas como las bestias del campo.

3. Teodoto quedóse en Ancira, en donde solo atendia á dar asistencia á los cristianos encarcelados, y á socorrer á los indigentes, sepultando asimismo los cuerpos de los mártires. Ademas, como el gobernador habia prohibido vender pan y vino al que no fuese idólatra, Teodoto proveia de ello á los pobres, y hasta suministraba á los sacerdotes el pan y el vino que servia para la misa; así que, su taberna habia venido á ser para los cristianos el templo y el refugio por la caridad de Teodoto.

4. Sabiendo él entonces que un cierto Victor, amigo suyo, habia sido encarcelado por razon de la fé, fué á encontrarle de noche y le animó diciendo: — El único cuidado de un cristiano ha de ser el mantenerse firme en su fé. — Y sabiendo que se le habian hecho promesas magníficas si sacrificaba á los dioses, añadió: — Créeme, amado Victor, las promesas de los impíos no tienen mas objeto que nuestra perdicion, y nos adormecen para que no veamos la muerte eterna á que nos conducen. — Animado Victor con estas palabras, caminó con valor al lugar de los tormentos, mas despues de haberlos sufrido por algun tiempo, pidió algun tiempo mas para deliberar. Por cuyo motivo fué conducido

otra vez á la cárcel, en donde no tardó en morir por los tormentos que habia ya padecido, dejando en grande duda su eterna salud, con sumo dolor de Teodoto.

5. Despues de esto, Teodoto se encontró con un sacerdote llamado Froton, en cierto campo llamado *Malo*, y le dijo que aquel lugar le parecia muy á propósito para colocar en él las reliquias de los mártires. Respondió el sacerdote, que antes de empezar la fábrica era menester procurar las reliquias. Entonces dijo Teodoto : — De esto cuidará Dios, no penseis sino en fabricar la iglesia, pues no tardarán en venir las reliquias; y en prenda de esta promesa que os hago, aquí teneis este anillo. — Y le entregó el anillo que en su dedo tenia, y regresó despues á Ancira. Sacó despues prodigiosamente de un estanque los cuerpos de siete vírgenes que por causa de la fé habian sido allí arrojadas, pues se levantó un viento tan fuerte, que retiradas las aguas por los bordes del lago, dejaron ver en el fondo los cuerpos de las santas, pudiéndose de este modo sacar de allí, y ser trasladadas á una capilla cercana. Y habiendo Teodoto sido acusado por este acto de piedad, fué por sí mismo á presentarse á los magistrados.

6. Cuando estuvo en la sala del tribunal, el gobernador Teotecno le dijo que si sacrificaba á los dioses, le haria primer sacerdote de Apolo, prometiéndole ademas otros honores y riquezas. Teodoto, despreciándolo todo, se puso á demostrar al gobernador la grandeza de Jesucristo, y la enormidad de los vicios que los paganos mismos atribuian á sus falsas divinidades. Mas irritado Teotecno por tales discursos, ordenó que el Santo fuese estendido sobre el ecúleo, en donde los

verdugos uno tras otro por largo tiempo le fueron desgarrando las carnes con uñas de hierro. Y despues el tirano hizo derramar vinagre sobre sus llagas, y aplicar á ellas antorchas encendidas. Al percibir el Santo el olor de su tostada carne, volvió un poco la cabeza hácia atrás; y creyendo el gobernador por este leve movimiento que empezaba á ceder por el dolor de los tormentos, acercósele y le dijo : — Teodoto, ¿donde está aquella bravura que poco hace ostentabas? No hubieras llegado á tan lastimoso estado, si hubieses respetado á los emperadores. Tabernero eres, no quieras salir en adelante de tu baja condicion, despreciando el poder imperial que es el árbitro de tu vida. — Respondió Teodoto : — Si por algun delito me hubierais puesto preso, entonces pudiera temer; mas ahora nada temo, y estoy pronto á sufrirlo todo por amor de Jesucristo. Inventad nuevos tormentos, que Jesucristo mi Señor me dará fuerza para despreciarlos. — A tales palabras el gobernador le hizo romper las quijadas con piedras y con tanta barbarie, que el Santo arrojó por la boca los rotos dientes, y dijo despues : — Aunque me cortases la lengua, escucha Dios á los cristianos, aunque no hablen. El gobernador le mandó otra vez á la cárcel, y él al pasar enseñaba á todos las llagas para manifestar la fuerza que comunica Jesucristo á sus siervos, y decia : — Justo es que le ofrezcamos estas llagas, ya que él las padeció primero por nosotros.

7. Cinco dias despues, hallándose el gobernador sentado en su estrado en medio de una plaza, hizo conducir á Teodoto á su presencia, y mandó que se le volviessen á abrir las llagas, y desgarrarle de nuevo los costados con instrumentos de hierro, y despues le hizo es-

tender á lo largo sobre pedazos ardientes de barro cocido. Entonces, dice el P. Orsi (lib. 9, n. 11.) sintiéndose el Santo penetrado hasta las entrañas de un agudísimo dolor, recorrió á Jesucristo, rogándole que se lo mitigase algun tanto; y confortado por él, siguió sufriendo con fortaleza aquel hórrido tormento.

8. El tirano le mandó poner por tercera vez sobre el ecúleo, haciéndole estirar y dilacerar como la primera vez. Mas desesperado al fin de poderle vencer, le condenó á perder la cabeza, y á ser quemado su cuerpo despues de la muerte. Llegado el Santo al lugar de la ejecucion, dió gracias al Señor por el beneficio de haber superado los tormentos, y le suplicó que concediese la paz á la Iglesia; y vuelto despues á los cristianos que le rodeaban, y se deshacian en lágrimas, les consoló, queriendo que tambien ellos diesen gracias á Dios por su victoria: y despues de haberles prometido su asistencia en el cielo por sus oraciones, dió su cuello al verdugo, y alcanzó la corona del martirio. Su cuerpo fué puesto sobre la pira para ser quemado, mas apareció resplandeciente con tanta luz, que nadie se atrevió á tocarle, y se le dejó allí bajo la custodia de los soldados.

9. En aquel mismo dia llegó á Ancira el sacerdote Fronton, que conservaba aun el anillo que le habia dado Teodoto en prenda de lo prometido, al decirle que Dios proveeria de reliquias para colocarlas en el lugar de *Malo*, como queda ya referido. Este sacerdote llevaba cabalmente una pollina cargada de buen vino, y esta cayó cerca del lugar en donde se hallaba el cuerpo del mártir, y entrada ya la noche, los soldados que le custodiaban debajo de una tienda que allí habian levantado, invitaron al sacerdote á cenar con ellos. Fron-

ton aceptó el convite, y en muestra de agradecimiento les hizo participar de su vino, del cual ébrios los soldados, se pusieron á dormir. Entonces el sacerdote, admirando la providencia divina, toma el cuerpo de Teodoto, y colocándole en el dedo el anillo, le cargó sobre la pollina, que por sí misma se dirigió hácia el lugar de *Malo*, y se paró en el mismo paraje en donde despues fué edificada una iglesia bajo el nombre de S. Teodoto, cuyo martirio sucedió al principio de la persecucion de Diocleciano, el año 303. Y despues, segun afirma el P. Orsi, la historia de este Santo fué escrita por un tal Nilo, que fue grande amigo de Teodoto, y testigo ocular de lo que refiere.

§ XIII.

LOS SANTOS TRIFON Y RESPICIO.

1. Estos dos santos mártires Trifon y Respicio nacieron en la Bitinia. Eran entrambos jóvenes, y como desde niños habian sido educados en la fé cristiana, llevaban una vida virtuosa y ejemplar. Aquilino, que era el gobernador de la provincia, habiendo sabido que eran cristianos, los hizo prender; y al verse ellos presos por la tropa, dieron gracias á Dios que les hacia dignos de padecer por su amor. Ofreciéronle desde luego el sacrificio de sí mismos, rogándole al mismo tiempo que les diese vigor para perseverar firmes en la fé hasta la muerte. Fueron despues conducidos á Nicea, y sepultados allí en un calabozo. Aquilino, cuando los